



# La Fiesta de la Pascua Militar en el Palacio de El Pardo

Palabras del Caudillo el día 6 de Enero de 1957

GENERALES, JEFES Y OFICIALES:

**N**A D A para mí más grato que recibirlos en el día de nuestra Pascua Militar, el poder estrechar vuestra mano y evocar en medio de la gran familia cincuenta años de mi vida; porque en este año que comienza cumpla los cincuenta de mi vida militar, transcurridos entre vosotros en las guarniciones, en los campamentos y en los servicios y vicisitudes de las campañas, donde juntos compartimos preocupaciones y glorias, persiguiendo siempre el mejor servicio y el bien de nuestra Patria, mejorando la instrucción y preparando los cua-

dro de nuestros Ejércitos, sirviendo lo mejor que sabíamos y podíamos a esa España sacrificada durante tantos años por el pesimismo ambiente.

El cuadro europeo que padecemos y que nos ha evocado el General Muñoz Grandes, es el obligado a que conduce en los pueblos el materialismo. Si nuestra Cruzada se hubiese adelantado unos veinte años, es muy seguro que el papel nuestro en Europa hubiera sido hoy mucho más trascendente e importante que el que podemos desempeñar. Una gran parte seguramente de la profunda crisis que Europa sufre, tenemos que echarla sobre aquellos que, teniendo una potencia y responsabilidad, han

permitido el crecimiento y el poder de ese monstruo asiático-europeo que constituye la Rusia soviética, que desde hace doce años viene pasando por encima de todos los principios y de todas las razones. Otra hubiera sido la suerte de Europa si España hubiese podido ocupar el lugar que tuvo a través de los siglos XVI y XVII; y digo que hubiera sido otra, porque España habría estado en condiciones de colaborar en una forma efectiva y eficaz para que no se consintiesen las monstruosidades que se han tolerado al final de la guerra universal, ni las que vienen cometiéndose durante estos años.

He aquí la gran trascendencia histórica que para Europa ha tenido el proceso de nuestra decadencia. En el concierto de la vida internacional no basta el querer hacer, hace falta el poder, y ello sólo se consigue, se cimenta y se levanta en una serie dilatada de años, de voluntad tenaz, al servicio de un destino histórico, de sacrificios continuados por la unidad y por la grandeza de España. Lo contrario precisamente de lo que durante más de un siglo España ha venido practicando.

Pero volvamos a nuestros problemas directos, a los del sector castrense que nos está encomendado. En estos cincuenta años que hemos vivido tan intensamente la vida de España, ha sufrido el mundo una enorme transformación. Cuando nosotros iniciábamos la vida militar, los Ejércitos estaban compuestos de hombres, de fusiles, de cañones y de barcos (plataformas flotantes de cañones sobre los mares). En estos cincuenta años los Ejércitos han pasado a ser la nación en armas. Nacieron las armas atómicas, los submarinos, la aviación; más tarde la electrónica, los cohetes y proyectiles dirigidos y los medios atómicos; todos esos adelantos

científicos que, aplicados a la guerra, han deslumbrado a los hombres haciéndoles creer que se puede sustituir completamente el hombre por la máquina; por la máquina que aplasta, por la máquina que no necesita del corazón y del valor del hombre y en que la resolución se busca en la razón fría de los números. Pero, a pesar de todo, no es así. La explosión de patriotismo de Hungría viene a recordarnos, una vez más, que no basta la fuerza de las armas ni de los elementos materiales, que cuando un pueblo tiene un espíritu, una decisión y unos principios arraigados, poco pueden esas armas; cuando hay que vencer a cada hombre, que ir a buscarle en el fondo de su refugio, sacarlo de entre las peñas o de la cueva, batirle en la montaña, acecharle en los barrancos, se necesita del valor de otro hombre con sus mismas virtudes para reducirlo y para dominarlo. Y esto es lo que no se compra con dinero y lo que no pueden darnos los números, las armas, ni el material.

La historia es yunque en que se ha venido forjando la personalidad y el carácter de los pueblos, base esencial de su unidad y de sus virtudes. Si la historia sirve así a la unidad y fortaleza de los pueblos, éstos sirven a su historia futura.

En Hungría la invasión extranjera, la presencia prolongada de los Ejércitos extranjeros sobre su suelo, produjo esa magnífica explosión de rebeldía, esa insurrección armada contra el invasor, que unía a unos y a otros, a altos y a bajos, para liberar a su Patria en una reacción semejante a la que tuvo el pueblo español en el año 1808, en que, pese a las banderías y desuniones existentes, supo unirse en aquellos solemnes momentos para expulsar y echar de la Patria al invasor.

La explosión de Hungría evoca a muchos, por

su proximidad, la de nuestro Movimiento salvador. También en nuestra nación existían las banderías y los partidismos, que tenían a España fraccionada y casi en la ruina, y, sin embargo, ante la necesidad de salvar a la Patria, se hizo la unidad de los hombres y de las tierras de España y se demostró cómo el español estaba por sus virtudes a la altura de los mejores tiempos. En Hungría faltó, sin embargo, el núcleo que le diese cabeza y dirección, como entre nosotros, y el egoísmo occidental permitió que el Ejército ruso, con sus divisiones y sus tanques, pudiese aplastar materialmente la insurrección en las capitales, aunque sin poder apagar el fuego de rebeldía latente en los corazones de todo un pueblo.

Estas son las verdaderas guerras justas, las que se hacen por salvar a una sociedad de la destrucción, las que siente el pueblo cuando se ve directamente amenazado, se le esclaviza o se le invade, cuando se le persigue en su fe o en sus creencias, cuando directamente pelagra lo que es base de su vida, de su fe o de su civilización. Entonces brillan la unidad de los hombres y sus virtudes para la defensa del ideal común.

Esta fué la realidad histórica que dió vida a nuestro Movimiento. Al conjuro de lo que pasa en Hungría, se comprenden mejor en el mundo las razones de nuestro Movimiento liberador, y tras de Hungría vendrán otros ejemplos a reforzar nuestras razones.

Mas si tanta importancia tiene y damos a nuestras virtudes, hemos de considerar, sin embargo, que no basta en el mundo moderno con la unidad y el valor de los hombres. La guerra moderna es compleja, difícil y dura. La civilización y el progreso de las ciencias ha aumentado considerable-

mente la dimensión y las consecuencias de la guerra. Hacen falta también la fortaleza económica y el avance técnico industrial. Ya no son los fusiles Mauser del año 1892, ni los proyectiles atracados en los tubos de los cañones que lanzan la destrucción a distancia los necesarios, ni las simples baterías flotantes de los torpedos, que llevaban un lío su acción destructora por la superficie de los nares; ha nacido una era nueva, las armas electrónicas, los proyectiles dirigidos, las bombas de hidrógeno y las armas nucleares. Hoy ya no son os Ejércitos la movilización total de los hombres n armas; es la movilización de la economía, de la ciencia, de la industria, de todos los recursos de una suma de naciones los que se ponen en movimiento, y esto es precisamente lo que pretendemos lograr en nuestra España.

El Ejército español fué durante siglos un Ejército ejemplar entre los europeos. Sin embargo, los Estados Unidos, con una reducidísima historia, han logrado unos Ejércitos potentísimos, que le dan una voz decisiva en el mundo; pero antes de esto hicieron su economía, levantaron su industria, forjaron su ciencia, crearon los centros de investigación y todos los elementos necesarios para alcanzar un día aquella potencia.

Por eso nosotros, si pretendemos ser una nación importante que pueda ejercer un papel trascendente en la paz y en el concierto de los pueblos, si aspiramos a ser un factor activo que evite pasen esas vergüenzas en Europa y en el resto del mundo, si aspiramos a que España ocupe el lugar que le corresponde por su historia y por su posición, tenemos que alcanzar antes otros varios objetivos: el primero, conservar la unidad entre los hombres y las tierras de España, la unidad sin escisiones,

porque la escisión de los españoles ha tenido siempre como consecuencia la victoria de nuestros enemigos. Tenemos que levantar nuestra economía, hacer una economía potente; podemos, debemos y queremos hacerla; una economía que pueda responder a las demandas y necesidades que la Patria le imponga. Alcanzar un adelanto técnico industrial en relación con los avances científicos e industriales de los demás, que nos permita no ser un sumando más cualquiera, sino un sumando potente y decisivo.

Todo esto, tan difícil y a la vez tan fácil, podremos conseguirlo si sabemos mantener nuestra unidad, nuestro espíritu y nuestra disciplina.

Esta es la gran obra que ha iniciado nuestra generación y que ha de transmitir a las que nos sucedan para que la completen, pues sólo en la continuidad y la unidad de España alcanzará ésta el puesto que le corresponde en el concierto de los pueblos y los españoles el progreso, el bienestar y la justicia.

¡Arriba España!

